

<p>Año VII</p>	<p>HOJA DOMINICAL APROBADA Y BENDECIDA POR LOS OBISPOS DE COSTA RICA</p>	<p>No. 353</p>
----------------------------------	---	----------------------------------

SANTORAL

MES DE MARZO

- Día 25 Domingo . . . *de Ramos VI de Cuaresma* LA ANUNCIACION DE NUESTRA SEÑORA Y LA ENCARNACION DEL DIVINO VÉRBO. Stos Irineo, ob. y Dimas.
- „ 26 Lunes . . . SANTO Stos. Braulio, ob; y cf. y Cástulo mártir.
- „ 27 Martes. . . SANTO Santos Ruperto, ob, y Juan ermitaño, cfs.
- „ 28 Miércoles . . . SANTO Santos Sixto III, papa, Cástor y Doroteo, mrs.
- „ 29 Jueves . . . SANTO *La Cena*. Stos. Eustaquio, abad, y Jonás
- „ 30 Viernes . . . SANTO Stos Juan Clímaco abad, Regúlo y Pastor obs. sta. Margarita vg.
- „ 31 Sábado . . . SANTO. San Amadeo, duque, y Santa Bárbara.

DOMINGO DE RAMOS

EVANGELIO S. MATEO - CAP. XXI.

“En aquel tiempo: Como se acercase Jesús a Jerusalén y llegase a Betfage, junto al monte de los Olivos, envió dos de sus discípulos con este encargo. Id a la aldea que está enfrente de vosotros, y hallaréis una borrica atada y su pollino con ella; desatadla y traédmela; y si alguno os dijere algo, decid que el Señor tiene necesidad de ellos y al instante os los dejará. Y todo esto sucedió para que se cumpliera lo que está dicho por el profeta, por estas palabras: Decid a la hija de Sión: He aquí a tu Rey, que viene a ti lleno de mansedumbre, sentado sobre una borrica y sobre un pollino, hijo de la que está acostumbrada al yugo. Y habiendo ido los discípulos, hicieron como se lo mandó Jesús. Y trajeron la borrica y el pollino, y pusieron sobre ella sus vestidos, y a El le hicieron sentarse encima. Y gran multitud de gentes extendieron sus vestidos en el camino; otros cortaban ramas de los árboles, y las echaban a su paso; y las gentes que iban delante y los que venían detrás, clamaban y decían: ¡Hosana al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Hosana en las alturas!”

REFLEXIONES SOBRE EL EVANGELIO

Admiremos en Cristo aquella amorosa providencia con que todo lo dispone, de modo que puedan los discípulos cumplir el mandato de su Divino Maestro, como dispone todas las cosas de este mundo para que puedan los hombres fácilmente santificarse.—Aprendamos de los discípulos a obedecer pronta y ciegamente a Jesucristo en la persona de los

ministros de la Iglesia y nuestra obediencia se verá coronada por el éxito.—Imitemos a las turbas aclamando a Cristo por nuestro Rey y Señor; mas no vayamos luego con nuestros pecados a pedir su muerte y crucifixión, como a los cuatro días la pidieron los judíos ante el pretorio de Pilatos. Por desgracia, ésta suele ser la conducta de muchos cristianos. Hoy aclaman a Cristo por su Rey, su Dios y Señor, observando sus mandatos y participando de sus sacramentos. Mañana le vuelven la espalda manchando su alma con el pecado, burlándose de sus divinos mandatos, y lo que es peor, pisoteando [tal es la malicia del pecado] la sangre divina de Cristo en la recepción indigna de los Santos sacramentos, y crucificando de nuevo a Cristo, en cuanto está de su parte.

SE DICE...

Existen dos palabras *tan cortas*, que son pronunciadas antes que la reflexión tenga tiempo para reprimirlas:

Tan ligeras, que vagan de boca en boca sin que se sepa sobre qué labios se han posado:

Tan poderosas, que justifican la maledicencia, autorizan la calumnia, aseguran a las conciencias más timoratas, hacen circular, sin que nadie pueda detenerlas, las habladurías que destrazan las reputaciones, y preparan la ruina y la desesperación de las familias:

Tan malvadas, que arrebatan a la juventud sus alegrías, a la vejez su dignidad y su reposo, a los corazones amantes su sencilla confianza, y a todos una parte de su dicha.

Tan inocentes, que tienen fácil entrada en todas las casas; no hay reunión que pueda pasarse sin ellas: se encuentran allí mismo de donde parecía que su malignidad debería hacerlas arrojar:

Tan traviesas, que animan la conversación, desenvuelven las inteligencias más obtusas, proporcionan motivos de conversaciones interminables a las personas más taciturnas.

Estas dos palabras son *Se Dice*. *Se Dice* sirve de máscara a un espectro de la familia de los fantasmas antiguos, que venían por la no-

che a turbar el sueño y chupar la sangre de los desgraciados que escogían por víctimas.

No es *sangre* lo que chupa este monstruo, escondido bajo estas dos palabras: *se dice*, sino la honra.

Que se presente bajo su forma verdadera:— *Fulano ha hecho tal cosa...* Será rechazada por todo hombre honrado: y si se escucha, será en la sombra, porque se le podrá pedir satisfacción de su calumnia.

Pero bajo la máscara de *Se dice*, ¿por qué se ha de esconder?

¿Quién es responsable? ¿Quién ha sido el primero que ha hecho esta revelación, que mata? Nadie lo sabe.

¿No se podría conjurar este terrible e infatigable demonio del hogar?

Se podría, si la mentira, la maledicencia, el odio, los pequeños rencores de la vanidad, fueran reemplazados en el corazón humano por la verdad, la justicia la bondad, el amor del prójimo... Mas ¡ay! este tiempo dichoso no vendrá jamás, y hasta el fin del mundo, el demonio de la maledicencia y la calumnia reinará escondido bajo su máscara perversa: *Se dice*.

Lo que sí es posible, es no aco-gerlo nunca.

El Apostol.

El Arbol de la Cruz

Todos los ruidos tumultuosos de la política, todo el aturrido bullicio de la vida social, todo el estruendo con que luchan y entrechocan las ambiciones y concupiscencias de los hombres parece que se dan tregua y enmudecen un momento ante la inmensidad del drama de la pasión. Hasta la Cruz del Gólgota no llegan ni las exaltaciones del sectario ni las sonrisas desdeñosas del escéptico ni las mofas petulantes del satanista. La grandeza de Cristo escarnecido, abofeteado, escupido, coronado de espinas, cargado de la Cruz y crucificado como un ladrón ahoga toda pequeñez y miseria, abruma todo engreimiento, inflama en calor de admiración toda indiferencia.

Cuando Jesús falleció apenas tenía un pedazo de tierra que sustentase su Cruz. Ahora el mundo todo le sirve de pedestal. Los escribas, los fariseos, la traición de Judas y las claudicaciones de Pilatos quisieron aniquilarlo. Y aquellas mismas cuerdas con que lo ataron; aquellos mismos vituperios y ultrajes y crueldades con que lo vilipendiaron y maltrataron como a un ser de befas y de burlas, aquél mismo infame patíbulo en donde le levantaron en compañía de dos ladrones, aquellos mismos clavos en que lo desgarraron fueron los poderosos heraldos que generación tras generación, siglo tras siglo extendieron,

glorificaron y sublimaron el nombre de Cristo en las populosas ciudades, en las aldeas escondidas, en las soledades salvajes, en los palacios de los grandes, en las chozas de los pastores, en las academias de los sabios y en los talleres del obrero. Es que la doctrina de Cristo no necesitaba para propagarse y para vencer el ruido de trompetas con que hacían la caridad los fariseos, del brillo del oro que excita las lisonjas. La doctrina de Cristo se bastaba a sí misma. Llevaba la fuerza en su propia virtualidad, en su bondad intrínseca e inmanente, perdurable a través de todos los cambios y de todas las vicisitudes, en lo intensamente humano y soberanamente divino de sus preceptos.

Se derrumban instituciones que parecían eternas, desaparecen en el fracaso sistemas sociales y filosóficos que amenazaban desquiciar al mundo, a unas formas de gobierno suceden otras entre choques violentos de pasiones y de armas; pero en lo alto del Gólgota, la Cruz sigue extendiendo serena e inmovible, sus brazos amorosos a la humanidad. Está hecha de raíces de amor, de esencia de sacrificio, del fibras de bondad y de perdón. El odio, la injusticia, la codicia, la envidia, la codicia, la sensualidad y la soberbia no pueden anidar en el árbol santo de la Cruz. X. X.

A María Santísima de los Dolores

DE LA PUEBLA DE MONTALBAN, AÑO DE 1759

Al pié de la cruz estaba
Esa Reina dolorida,
Viendo pendiente á su Hijo
Para afirmar nuestra dicha.
Cuyo espíritu fallece
De pesares y agonias,
Al ver que cumple la espada
En su alma la profecía
¡Oh cuán llena de dolores!

¡O cuán triste y afligida,
Al ver á su único Hijo
Fué aquella Madre bendita!
Ea, Madre, de amor fuerte,
Haz que la fuerza distinga
De tu dolor, y en el llanto
Te haga mi fe compañía.

D. RAMON DE LA CRUZ
[el Sainetero]

A CRISTO

*Señor, entre las sombras voy sin tino,
la fe de mis mayores ya no vierte
su apacible fulgor en mi camino;
¡mi espíritu está triste hasta la muerte!*

*Busco en vano una estrella que me alumbre,
busco en vano un amor que me redima;
mi divino ideal está en la cumbre,
y yo, ¡pobre de mí! yazgo en la sima*

*La lira que me diste, entre las mofas
de los mundanos, vibra sin concierto;
¡se pierden en la noche mis estrofas,
como el grito de Agar en el desierto!*

*Y paria de la dicha y solitario,
siento hastio de todo cuanto existe . . .
yo, Maestro, cual tu, subo al Calvario
y no tuve Tabor, cual lo tuviste*

*Ten piedad de mi mal, dura es mi pena,
numerosas las lides en que lucho;
fija en mí tu mirada que serena,
y dame, como un tiempo a Magdalena,
la calma: ¡yo también he amado mucho!*

AMADO NERVO

El Papa y los huérfanos. Armenios

Las celosas Hermanas armenias de la Inmaculada Concepción, tan duramente probadas durante la guerra, habían recogido a muchísimos huérfanitos de su infeliz nación, hospedándoles en sus conventos de Siria, Anatolia y Constantinopla.

Mas los últimos acontecimientos han hecho imposible su permanencia en aquellos países; por lo cual informado el Padre Santo de la gravedad de su situación, se ha dignado disponer que 400 de aquellas pobres huérfanitas, con 12 hermanas de la susodicha Congregación, sean hospedadas en el palacio pontificio de Castelgandolfo, la histórica residencia estival de los Sumos Pontífices.

Con tal objeto, Su Santidad ha encargado al cardenal Pedro Gasparri, secretario de Estado, que dé aviso telegráfico a monseñor Francisco Marmaggi, Nuncio Apostólico en Rumanía, actualmente en misión extraordinaria en Constantinopla, a fin de que se encargue de transportar a aquellos infelices, de ahora en adelante adoptadas por la paternal bondad del Padre Santo.

Igualmente, Su Santidad ha dado a monseñor Lamper, mayordomo y prefecto de los palacios Apostólicos, el delicado encargo de disponer todo lo concerniente para acoger y hospedar en el palacio de Castelgandolfo a la numerosa comunidad, que pronto llegará allí.